



JOSÉ IBARROLA

La política de España en Latinoamérica

JOAQUÍN ROY DIRECTOR DEL CENTRO DE LA UE DE LA UNIVERSIDAD DE MIAMI

Al finalizar un capítulo de la historia política española y comenzar una nueva etapa de sus relaciones exteriores, algunos temas recurrentes acaparan la atención de los observadores, que reflejan las preocupaciones y proyectos de los dirigentes. Desde el ingreso de España en la Comunidad Europea en 1986, la inserción en el proyecto de integración continental se convirtió en la agenda obsesiva, como si se tratara de recuperar a marchas forzadas el tiempo perdido por tantas décadas de ausencia y aislamiento. Sólo la relación con América Latina supera la atención prestada a Europa. La explicación de esta prioridad, presente en los discursos políticos durante todo el anterior siglo, reside en que si el proyecto europeo apenas cuenta con cincuenta años de existencia efectiva, el vínculo con América se extiende a medio milenio. No en vano la fiesta oficial nacional del Estado unificado, aunque cuestionado por la periferia, no es un día que conmemora una gesta de independencia o rebelión, ni siquiera una derrota gloriosa, sino la proyección hacia otro continente de la autopercepción de una entidad histórica que pareciera incompleta en su contexto original. España sin América sería como Irlanda o Italia, países europeos de tardío ensamblaje, sin apenas mayor impacto universal que su emigración o la fuerza de su cultura.

Incluso el estudio comparativo del vínculo de España con América Latina con el existente entre Portugal y su ex colonia americana, Brasil, revela la diferencia. Mientras España para Hispanoamérica, de una manera u otra, sigue siendo la 'madre patria', la huella lusa en Brasil se reduce a la vigencia de la lengua, y el recuerdo de unos capítulos de la literatura clásica. La variedad de la inmigración que sucedió a la independencia constituyó la diferencia. De ahí que periódicamente, a pesar de los cambios de régimen y de gobiernos, el ligamen entre España y la América hispanohablante dicte el guión que obligue a la construcción de una agenda nueva que, en sus rasgos generales, no ha experimentado grandes diferencias en la última décadas, sobre todo desde el renacimiento de la democracia en España. Sí, en cambio, resultan obvios los matices que los sucesivos cambios de gobierno españoles y la evolución del perfil general de los latinoamericanos imponen a la mutua relación.

Tras el triunfo del Partido Socialista en las elecciones de marzo, de nuevo se aconseja el examen de las líneas generales de su política hacia América Latina, sus diferencias con respecto a la ejercida en los últimos cuatro años y sobre todo su con-

traste con los anteriores ocho años (1996-2004) de administración popular. Según un grupo de expertos, liderados por Celestino del Arenal, catedrático de la Universidad Complutense, cinco, por lo menos, son las dimensiones que conviene tener en cuenta para entender las opciones abiertas a España en esta nueva etapa: la bilateral, el nivel subregional, el regional, el europeo y, por fin, la llamada quinta dimensión constituida por las actividades de las comunidades autónomas, entidades municipales, ONG y diversos agentes privados.

Respecto a la agenda bilateral, España deberá seleccionar con cuidado a sus interlocutores individuales como anclas efectivas de su política. Evitando los espinosos escenarios de países con mayor tendencia a la confrontación (Venezuela, Bolivia), el nuevo Gobierno de Zapatero tendrá que concentrarse en establecer coaliciones sólidas con países con potencial de influencia en conseguir consensos (México, Brasil, Chile). Sin que se abandone el protagonismo en liderar la agenda europea hacia Cuba, España debería conseguir el respaldo de por lo menos un par de países europeos para reforzar la política de 'diálogo constructivo'.

La dimensión subregional deberá concentrarse en apoyar de la forma más efectiva los diversos sub-bloques de integración regional, sobre todo los más necesitados de la colaboración externa a la vista de sus convulsiones y su contraproducente transformación (Mercosur y Comunidad Andina). El campo regional estará dedicado a consolidar el proceso de cumbres para conseguir la sólida constitución de una Comunidad Iberoamericana, más allá de los encuentros periódicos. Para ello, Madrid deberá confirmar el abandono del excesivo protagonismo personal de la época de Aznar.

Por último, es paradójicamente en la dimensión autonómica, municipal y privada donde España tiene mayor ventaja, por la vigencia de la huella personal, el recuerdo de la emigración (ahora replicada por la presencia de cuantiosos contingentes de latinoamericanos en España) y la fuerza de las inversiones españolas en América Latina. Esta dimensión constituye el eslabón necesario para que la conmemoración del segundo centenario del proceso de independencia de las repúblicas latinoamericanas sea un éxito de hermandad y reconocimiento mutuo. La importancia que el Gobierno español concede al acontecimiento viene demostrada por el nombramiento de una comisión presidida por el ex presidente Felipe González.